

¿Qué significa predicar a Cristo?



ROB VENTURA AND JEREMY WALKER

¿QUÉ SIGNIFICA PREDICAR A CRISTO?

Contenido

1. Introducción.....	3
A. Predicando a Cristo.....	3
B. Una corrección	6
2. Proclamación.....	7
A. ¿Qué significa predicar?	7
B. ¿Qué significa predicar a Cristo?	8
C. ¿Qué es no predicar a Cristo?	18
3. Amonestación y Enseñanza.....	23
A. Los medios.....	23
B. Amonestaciones finales a hermanos cristianos.....	25
C. Amonestaciones finales a hermanos pastores.....	27

Tomado de *What Does it Mean to Preach Christ?* (¿Qué significa predicar a Cristo?), capítulo seis del libro *A Portrait of Paul* (Un retrato de Pablo), impreso por Reformation Heritage Books, disponible en www.heritagebooks.org y en librerías cristianas. © Copyright 2010 Reformation Heritage Books. Todos los derechos reservados. Usado con permiso.

El texto ha sido ligeramente modificado para este libro, y traducido y adaptado por Josie de Smith. Todas las citas bíblicas son tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

© Copyright 2016 Chapel Library. Chapel Library no necesariamente coincide con todas las posiciones doctrinales de los autores que publica.

Chapel Library envía sin cargo por todo el mundo materiales centrados en Cristo de siglos pasados, dependiendo totalmente de la fidelidad de Dios. Por lo tanto, no solicitamos donaciones, pero recibimos con agradecimiento el aporte de aquellos que libremente desean dar.

En todo el mundo, por favor descargue sin costo el material de nuestro sitio de internet, o contacte al distribuidor internacional que aparece listado allí para su país. Este y cientos de libros, folletos y libros electrónicos están a su disposición en www.ChapelLibrary.org.

En **Norteamérica**, para solicitar ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales Cristocéntricos de siglos anteriores, favor de ponerse en contacto con

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street

Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666 • Fax: (850) 438-0227

chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

¿QUÉ SIGNIFICA PREDICAR A CRISTO?

*“A quien anunciamos¹, amonestando a todo hombre,
y enseñando a todo hombre en toda sabiduría”
(Colosenses 1:28).*

1. Introducción

A. Predicando a Cristo

Usted que se ha esforzado para obtener una educación de su mente y corazón, preparándose para el ministerio del evangelio, se encuentra ahora en el umbral de esa meta anhelada. El buen cumplimiento en administrar los “misterios de Dios” dependerá de su fidelidad en predicar a Jesucristo. Por lo tanto, el curso que hemos diseñado para su preparación o *cualquiera* que sea el punto de su carrera en el que se encuentra, tiene como fin que usted comprenda a cabalidad la obra de predicación de Cristo Jesús, nuestro Señor y Salvador. Presentamos este tema según lo enseñan las Escrituras y como dan a conocer el ejemplo de los apóstoles. Con el correr del tiempo como ministro de Cristo se irá identificando más y más con este tema al ir creciendo en la mente de su Señor. Asimismo irá experimentando más el poder y la gracia revelada en él².

¹ La versión de la Biblia King James utilizada por los autores en su original en inglés usa la expresión “we preach”, o sea: “predicamos” en lugar de “anunciamos” que, en este caso, es la palabra usada en las versiones de la Biblia en el idioma español. En consecuencia, y a pesar de que la palabra original es “Kataggelo”, (que significa proclamar, anunciar), hacemos las adaptaciones del caso, considerando los dos verbos: “predicar” y “anunciar” como sinónimos para los fines de este curso [Nota del traductor].

² Charles P. McIlwaine, *Preaching Christ: The Heart of Gospel Ministry—An Address to Those Entering the Christian Ministry* (Predicando a Cristo: El corazón del ministerio evangélico

Es lunes por la tarde del día 25 de marzo de 1861. Un joven se pone de pie para hablar desde el púlpito en el edificio recién construido de una iglesia, con una capacidad para varios miles de fieles que ya están entrando a tropel para escucharle. Ya muy bendecido por Dios, continuará siendo usado poderosamente por el Señor para salvación y santificación de millares de pecadores. Su aportación a la extensión del reino de Cristo sería asombrosa. Después de veinticinco años en Londres, presidiría sesenta y seis instituciones fundadas sobre los principios del evangelio y funcionando en base a motivaciones evangélicas. De su pluma brotarían libros y artículos que serían prestamente utilizados; sus sermones serían escuchados por millares, puestos por escrito y luego distribuidos, muchos de ellos traducidos y leídos con avidez por todo el mundo durante décadas aun después de su muerte. Jueces competentes se referirían a su obra en términos muy elogiosos: “Nunca, desde la muerte de Pablo, se ha producido tanto trabajo y tanto éxito en un espacio de tiempo tan breve”³.

¿Quién es este hombre, y en qué radica el secreto de su efectividad con el evangelio? Se trata de Charles Haddon Spurgeon⁴; su secreto queda rápidamente revelado cuando comienza a decir las primeras palabras formales de un sermón predicado en el Tabernáculo Metropolitano sobre Hechos 5:42: “Y todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo”. Dice:

No sé si hay algunos aquí presentes que puedan ponerse en mi lugar en este momento, y sentir lo que estoy sintiendo. Si de hecho los hay, comprenderán lo que quiero decir cuando declaro que me siento totalmente incapaz de predicar. Y, sí, creo que no intentaré un sermón, sino más bien dar una especie de declaración de las verdades sobre las cuales basaré mis sermones futuros. Les daré el lingote de oro en lugar de la moneda que de este se fabrica, el bloque de mármol de la mina y no la estatua ya esculpida. Pareciera que el tema único sobre el cual los hombres predicaban en la era apostólica era Jesucristo...En la época de Pablo, no era difícil dar inmediatamente, en una palabra, la suma y sustancia de la teología de aquellos días:

– Un discurso a los que se inician en el ministerio Cristiano) (Edinburgh/Carlisle, PA: Banner of Truth, 2003), 1-2.

³ Pilgrim Publications, B. H. Carroll, Memorial Address (Discurso memorial), 1892, citado en “Introduction to C. H. Spurgeon,” (“Introducción a C. H. Spurgeon”) www.pilgrimpublications.com/about/c-h-spurgeon-biography-page/introduction-to-c-h-spurgeon (consultado 25 de mayo, 2009).

⁴ **Charles Haddon Spurgeon** (1834-1892) – predicador bautista inglés de gran influencia. Los sermones de Spurgeon coleccionados durante su ministerio abarcan 63 tomos. Las entre 20 y 25 millones de palabras de los sermones equivalen a los 27 tomos de la novena edición de la Enciclopedia Británica, y constituyen la colección más grande de libros por un mismo autor en la historia del cristianismo. Nacido en Kelvedon, Essex, Inglaterra.

era Jesucristo. Si hubiéramos preguntado a cualquiera de aquellos discípulos, qué era lo que creía, hubiera respondido: “Creo a Cristo”. Si le hubiéramos pedido que nos mostrara una declaración integral de la totalidad de la teología, hubiera señalado hacia el cielo, recordándonos que la totalidad de esta nunca había tenido más que un cuerpo, el cuerpo humano sufriente y crucificado de Jesucristo, quien ascendió a lo Alto...

Propondría (y, ¡oh que el Señor nos dé la gracia de cumplir esto que proponemos, que es algo con lo cual ningún cristiano puede estar en desacuerdo!) que mientras esta plataforma se mantenga en pie, y mientras esta casa sea frecuentada por adoradores, el tema del ministerio en este lugar será la persona de Jesucristo. Nunca me avergüenzo de admitir que soy calvinista⁵, aunque profeso ser un calvinista según Calvino⁶, en lugar del degradado concepto moderno. No vacilo en llamarme bautista. Tienen ustedes allí [señalando el bautisterio] una evidencia sustancial de que no me avergüenzo de esa ordenanza de nuestro Señor Jesucristo.

Pero si me pidieran que dijera cuál es mi credo, pienso que respondería: “Es Jesucristo”. El Dr. Gill⁷, mi venerable predecesor, ha dejado un cuerpo de teología admirable y excelente a su manera; pero la totalidad de teología a la cual me aferraré para siempre con la ayuda de Dios, no es ese sistema de creencias ni ningún otro tratado humano, sino Cristo Jesús, quien es la suma y sustancia del evangelio y es en sí mismo toda la teología, la encarnación de toda verdad preciada, la encarnación personal y absolutamente gloriosa del camino, la verdad y la vida⁸.

¿Cuál fue la característica principal del poderoso ministerio evangélico tan amplio y eficaz de Charles Spurgeon? La respuesta es muy sencilla: Jesucristo. Jesucristo fue el punto central de toda su predicación. Spurgeon amaba a Cristo, seguía a Cristo, obedecía a Cristo y, como verdadero ministro

⁵ **calvinista** – el que cree que la Biblia enseña la autoridad suprema de las Escrituras, la soberanía de Dios, la predestinación y las doctrinas de la gracia; estas doctrinas fueron la respuesta del Sínodo de Dort (1618-19) a la remonstrancia (protesta) arminiana.

⁶ **Juan Calvino** (1509-1564) – Teólogo, predicador y pastor francés durante la Reforma Protestante: autor de *Institutos de la Religión Cristiana*.

⁷ **John Gill** (1697-1771) – Pastor bautista, teólogo y autor de *A Complete Body of Doctrinal and Practical Divinity, The Cause of God and Truth* (Una colección completa de teología doctrinal y práctica, la causa de Dios y la verdad), y una obra de múltiples tomos titulada *Expositions of the Old and New Testaments* (Exposiciones sobre el Antiguo y Nuevo Testamento).

⁸ “The First Sermon in the Tabernacle” (“El primer sermón en el Tabernáculo”) en *The Metropolitan Tabernacle Pulpit* (El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano), 63 tomos. (1861; reimpresión, Pasadena, TX: Pilgrim Publications, 1995), 7:169.

del evangelio, proclamaba a Cristo. Spurgeon estaba en buena compañía, la de una larga tradición de hombres fieles que también habían adoptado la misma causa y predicado a la misma persona gloriosa.

B. Una corrección

“A quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria, a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre”
(Colosenses 1:27-28).

Como Spurgeon dice claramente, él sigue el ejemplo del apóstol Pablo en que predicaba a Jesús quien murió y resucitó. En Colosenses 1:27, Pablo había hablado sobre la intención de Dios de que las riquezas de la gloria del antiguo misterio de la redención de los gentiles por medio de Jesús el Mesías fuera anunciado. Luego, en el versículo 28, revela que este gran Salvador “a quien anunciamos” es el centro absoluto y suma definitiva de toda su proclamación. La voluntad de Dios para dar a conocer a su Hijo sobre la tierra encuentra su equivalencia humana en la obra de Pablo y sus consiervos del Señor.

Tenemos que reconocer el punto lógico del Apóstol al refutar a los falsos maestros que estaban atacando a esta iglesia con sus conceptos defectuosos de la salvación. Estos errados abogaban por las supuestas virtudes de la circuncisión, la adoración a los ángeles y el asceticismo⁹ como maneras de obtener una relación correcta con Dios (ver Col. 2:14-23). Con esto, negaban la preeminencia de Cristo y su papel exclusivo como el único camino al Padre. Es como si Pablo dijera, en efecto: “¡Fuera con estos salvadores falsos! Hay solo un Salvador, el Señor Jesucristo, y él es, por lo tanto, la suma y sustancia de mi predicación y enseñanza”.

Lo mismo debiera suceder con todos los pastores auténticos. Con estas palabras, Pablo enfatiza la diferencia entre su predicación y la de los maestros falsos. El orden mismo de las palabras de Pablo tiene la intención de comunicar este mensaje (aunque no todas las traducciones comunican su fuerza). Hubiera podido decir con naturalidad: “Predicamos a Cristo” y el sentido hubiera sido fundamentalmente el mismo. En cambio, Pablo coloca a Jesús al frente, donde le corresponde estar: A él anunciamos. Jesucristo, el Señor, es lo que Pablo siente la gran responsabilidad de predicar. Él era Aquel

⁹ **asceticismo** – creencia de que renunciando a los placeres del mundo es posible lograr un estado espiritual elevado.

a quien Pablo y sus compañeros anunciaban decididamente a todos, y lo hacían “amonestando” y “enseñando” (Col. 1:28).

Pablo está mostrando aquí las herramientas que utiliza para dar a conocer a Cristo: proclamación, amonestación y enseñanza. La obra del apóstol es constante: su lenguaje indica que habitual y persistentemente hace la obra por estos medios: la obligación primordial de proclamar a Jesús y las obligaciones complementarias de amonestar y enseñar. La obra de Pablo es amplia: usa estas herramientas con “todo hombre”. No hay aquí nada de la falsa exclusividad que caracterizaba a los colosenses errados, ningún sentido de aristocracia espiritual. Toda verdad es anunciada, sin excepción, a todos los hombres, ya fueran griegos o judíos, circuncisos o incircuncisos, bárbaros o escitas¹⁰, esclavos o libres (Col. 3:11). Además, la obra de Pablo está enfocada; estas herramientas son empleadas individualmente. Pablo trata con individuos, como Filemón y Onésimo; de estos, el primero era miembro de esta iglesia y el segundo su esclavo que había huido pero que ahora era salvo. Estos medios del evangelio son para todos, y se aplican a gente en particular, siendo cada uno el objeto de su aplicación particular e inteligente.

2. Proclamación

A. ¿Qué significa predicar?

¿Qué significa predicar o anunciar? La palabra que Pablo usa cuando declara “a quien anunciamos” indica una declaración oficial y autoritativa a ser proclamada o anunciada [por medio de la predicación]. [Predicar] significa literalmente “dar a conocer”, “decir afuera”, “comunicar” o “proclamar”, presentando un mensaje a viva voz o en público. Casi podemos describirla como un término técnico que algunos usan en la actualidad para referirse a la predicación evangelizadora, la predicación que presenta claramente el evangelio a los que nunca han tenido un encuentro con Cristo en toda su plenitud salvadora.

Pablo está hablando de la declaración solemne y pública de la verdad autoritativa. Como apóstol de Jesucristo, estaba autorizado por el Señor para comunicarse en su nombre. Como uno de los embajadores de lo Alto, comisionado de la misma forma que los otros apóstoles, iría de ciudad en ciudad declarando públicamente el mensaje que Jesús lo había llamado a

¹⁰ **escita** – persona oriunda de la antigua Escitia, región al norte del Mar Negro y considerada por el mundo grecorromano como totalmente pagana e incivilizada.

declarar (2 Cor. 5:20). La tarea de Pablo era dar a conocer a Cristo a la humanidad caída, a los enemistados con Dios. Viajando por todo el Imperio Romano, proclamaba a todos lo que Jesús, por medio de su muerte sacrificial, había hecho para procurar la paz con un Dios ofendido, dando a conocer los términos personales de la reconciliación con este Soberano santo, justo y de toda gracia.

Pablo y sus compañeros en el ministerio no se limitaban a balbucear sus palabras a unos pocos. No reunían solo a un grupo de personas para una pequeña conversación o una plática sobre el evangelio (aunque esta tarea no necesariamente requiere un gentío a fin de cumplir su cometido). Esto no era una simple conversación, ni siquiera principalmente un diálogo o debate público, aunque tanto la conversación y el debate eran indiscutiblemente armas en el arsenal apostólico. En cambio, Pablo se refiere aquí a cómo él y sus consiervos, dependiendo de Dios el Espíritu Santo, anunciaban valientemente y sin temor el mensaje del único Salvador de pecadores: Jesucristo nuestro Señor.

B. ¿Qué significa predicar a Cristo?

1) El mensaje y la persona

Esta declaración acerca de Jesús es el deber central del siervo auténtico del Señor. Entonces, ¿qué significa en realidad? Predicar a Cristo es proclamar las grandes verdades y las implicaciones profundas de su persona gloriosa y obra redentora consumada en lugar de los pecadores en la cruz del Calvario, dándolo a conocer tal como es presentado a través de todas las Escrituras.

El mensaje que se declara es el propósito divino de salvación en Cristo. Pablo y los que verdaderamente le seguían nunca proclamaban un simple sistema ni una serie de reglamentos, mucho menos los disparates sin sentido que salen de la boca del hereje. Pablo y sus colaboradores no predicaban una filosofía. No predicaban política. No predicaban el poder del pensamiento positivo. No se predicaban a sí mismos. Predicar no es el ejercicio de la imaginación del predicador. No es la especulación vacía acerca de jerarquías espirituales y poderes angelicales. No es elaborar engaños tomados de teorías superficiales que no hacen más que excitar y tentar las mentes carnales.

Los ministros del evangelio proclaman a una persona, una persona viva que es la fuente de toda vida verdadera, en quien radica la esperanza de gloria, la única satisfacción de las necesidades más profundas de los hombres pecadores. Esa persona es Jesucristo, el Hijo encarnado de Dios, el único redentor de los escogidos de Dios. Recordemos que Pablo ya lo ha presentado

en algo de la cristología¹¹ más elevada y luminosa del Nuevo Testamento, declarándolo ser el Hijo amado de Dios,

“el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados. El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten; y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia¹²; por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos” (Col. 1:13-20).

Es este Jesús y nadie más, la cabeza de la primera creación y la cabeza de la nueva creación (Col. 1:15-16), que mora en su pueblo de cada reino, tribu, lengua y nación, y es su esperanza de gloria. Él es la suma y sustancia del mensaje proclamado.

2) *Una diferencia*

Esta cuestión revela la diferencia crucial entre un verdadero siervo de Cristo y uno falso. Esta norma es absoluta y no es menos importante en nuestra época de lo que fue en el tiempo de Pablo. Desde muchos púlpitos del mundo, se siembra mucha paja en lugar de semilla, y el pueblo es alimentado con los residuos de una *religión hecha por el hombre* en lugar de la verdad centrada en Cristo a través de sermones saturados de Cristo. Ni Pablo ni sus colaboradores jamás hubieran sido partícipes de algo semejante. Cuando Cristo es relegado a un lugar de segunda importancia, enseguida se pierde toda religión verdadera, bíblica y auténticamente cristiana, quedando velada por desconcertantes nubarrones de vaciedad mística. El líquido que es ofrecido a los pecadores bajo tales circunstancias, afirma calmar la sed, pero los hombres están calmando sus ansias espirituales no con el agua viva sino con virulento veneno. Tales enseñanzas no producen salvación.

Cuando Cristo es proclamado, se pone en claro que lo único necesario para la salvación en el sentido más pleno y más completo se encuentra solo en él: “Y en ningún otro [más que Jesucristo de Nazaret] hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hch. 4:12).

¹¹ **cristología** – la parte de la teología que se relaciona con la persona, naturaleza y obra de Jesucristo.

¹² **preeminencia** – primer lugar, rango más alto.

Este Cristo, tan glorioso en su persona y tan perfecto en su obra —el Dios encarnado, el pacificador sangrante, el gobernador imperial del universo— es él, nadie ni nada sino solamente él es a quien predicamos; no simplemente a su doctrina sino a él mismo. Y no solo fue predicado por Pablo, sino también por todos sus colegas. Este Cristo es el único y total objeto de la proclamación; y si él va a ser la esperanza de gloria, con razón se gozaban en proclamarlo amplia y extensamente en cada ocasión posible. La predicación apostólica era precisa y definitiva... Cristo, el único libertador, confiere perdón por su sangre, pureza por su Espíritu y perfección por su promesa y presencia, asegurando defensa por su poder, consuelo por su compasión y la esperanza de gloria por su residencia en el corazón creyente¹³.

Este es siempre el mensaje del evangelio. Encontramos este mensaje en la enseñanza de nuestro Señor mismo, al igual que de sus apóstoles.

3) *El ejemplo de Cristo*

a) *La predicación de Cristo*

Puede parecer extraño afirmar que Jesús se predicó a sí mismo, pero hacerlo no tiene nada de extraño ni es él inherentemente arrogante por hacerlo. Como el Hijo encarnado de Dios, solo él tiene el derecho, a él se le requiere que se proclame a sí mismo. Por eso lo encontramos hablando a otros largo y tendido acerca de sí mismo.

Consideremos dos pasajes clave. El primero se encuentra en el Evangelio según Juan. El capítulo 5 registra que nuestro Señor tuvo a bien sanar a un hombre junto al estanque de Betesda en el día de reposo. Esto generó un antagonismo violento y un acalorado debate con los líderes religiosos de la época. Leemos que, por esta curación y su consecuencia inmediata:

“los judíos perseguían a Jesús, y procuraban matarle, porque hacía estas cosas en el día de reposo. Y Jesús les respondió: Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo. Por esto los judíos aun más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios” (Jn. 5:16-18).

Acto seguido, al validar su igualdad innegable con su Padre, nuestro Señor les dice a estos líderes:

“El Padre que me envió ha dado testimonio de mí. Nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su aspecto, ni tenéis su palabra morando en

¹³ John Eadie, *A Commentary on the Greek Text of Paul's Letter to the Colossians* (Un Comentario del Texto Griego sobre la Epístola de Pablo a los Colosenses) (Birmingham, AL: Solid Ground Christian Books, 2005), 101-102.

vosotros; porque a quien él envió, vosotros no creéis. Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí” (Jn. 5:37-39).

El Señor Jesús destaca la razón principal por la cual los líderes judíos no le respondían favorablemente. No era porque les faltara información. Por cierto que contaban con la información correcta en los oráculos de Dios (Ro. 3:2), pero los entendían mal. Les dice que escudriñaban las Escrituras porque creían que en ellas tenían vida eterna, y, dice nuestro Señor, estas Escrituras “son las que dan testimonio de mí”. Hacían algo correcto y necesario al leer sus Biblias. No obstante, siendo lectores y maestros diligentes del Antiguo Testamento fallaban cuando se trataba de comprender lo que leían. Esto no era un error insignificante de interpretación bíblica, sino un error que lleva el alma a la condenación. Su estudio del Antiguo Testamento erraba totalmente el blanco porque no se centraba en el Actor principal. Eran como hombres que estudian el sistema solar haciendo uso de diagramas exactos, pero sin reconocer jamás la centralidad del sol y sin disfrutar su luz y sentir su calor. Todos sus esfuerzos no los llevaban a ver a Jesús como Mesías, no los impulsaba a asirse de la salvación que hay solamente en él.

Nuestro Señor les dice en términos contundentes que si ellos hubieran comprendido correctamente lo que leían en sus Biblias, hubieran acudido a él para ser salvos, porque es él de quien hablan las Escrituras: “Ellas...dan testimonio de mí”. La Biblia en su totalidad, las Escrituras del Antiguo al igual que las del Nuevo Testamento, son la revelación total de Dios el Hijo. Jesús les dice a estos hombres ilusos y airados que una lectura correcta del Antiguo Testamento los hubiera llevado a ver claramente que él era el Mesías prometido por Dios.

La Biblia es un libro cerrado para los que no comprenden su enfoque principal. Cuando alguien se vuelve al Señor, el velo es quitado, pero hasta entonces, el velo permanece (2 Co. 3:15-16). Cristo el Señor reitera que él es el corazón palpitante del Antiguo Testamento y su tema principal cuando, en este mismo capítulo, les dice a sus opositores: “No penséis que yo voy a acusaros delante del Padre; hay quien os acusa, Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?” (Jn. 5:46-47). F. F. Bruce resume con efectividad la realidad dolorosa de este encuentro: “La tragedia era que estas gentes, a pesar de su minuciosa exploración de los escritos sagrados, nunca habían encontrado la pista que los hubiera llevado a su meta. La meta a la que apuntaban era la vida eterna,

pero esa vida solo podía ser recibida a través de Aquel de quien las Escrituras dan testimonio”¹⁴.

Leon Morris concuerda: “Leído correctamente, el Antiguo Testamento conduce a Cristo. Pero los escribas de su época, con su reverencia inflexible por la letra de las Escrituras, no entendían la cosa maravillosa que decían, y por tanto no podían reconocer a Aquel hacia quien esas Escrituras señalan”¹⁵.

b) En el camino a Emaús

Consideremos ahora un pasaje del Evangelio de Lucas. Después de la muerte de Jesús, los discípulos estaban completamente desanimados, y cualquier mención de la resurrección les parecía ilusa (Lc. 24:11). En el mismo día de la resurrección de Jesús, dos discípulos caminaban a Emaús conversando de los recientes acontecimientos, cuando este se les unió en su caminata. Con gentileza, Jesús les preguntó de qué hablaban y por qué estaban tan tristes, y Cleofas, uno de los discípulos le hizo al Señor resucitado de los cielos y la tierra una de las preguntas más notables y involuntariamente irónicas de todas las Escrituras: “¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no has sabido las cosas que en ella han acontecido en estos días?” (v. 18). Podemos imaginarnos la expresión del rostro de Cristo al preguntar con gentileza: “¿Qué cosas?”

Los discípulos le explicaron que habían puesto sus esperanzas en que el poderoso profeta Jesús de Nazaret sería el que redimiría a Israel. Jesús había muerto, corría la voz de que había resucitado, que la tumba había sido revisada y estaba vacía; pero de Jesús, ni rastros.

Nuestro Señor los reprende mansamente y comienza a enseñarles sobre lo que había sucedido en Jerusalén en los últimos días: “¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (Lc. 24:25-27).

¡Qué sermón habrá sido este! Entre todas las conversaciones que nos hubiera gustado escuchar, seguramente hay pocos creyentes —y menos predicadores— que no les hubiera gustado ser la cuarta persona en el camino a Emaús. ¿Podemos imaginarnos cómo el Señor habrá llevado a estos hombres a pensar en ese hermoso pasaje, el cual —por medio de tipos y sombras, profecías y predicciones— se refería a él?

¹⁴ F. F. Bruce, *The Gospel of John* (El Evangelio de Juan) (Grand Rapids, MI: Eerdmans Publishing Company, 1983), 136.

¹⁵ Leon Morris, *Reflections on the Gospel of John* (Reflexiones sobre el Evangelio de Juan) (Peabody, MA: Hendrickson Publishers, 1986), 200.

Podía haber comenzado con Génesis 3:15 y aquella maravillosa promesa presentada en lo que a menudo es llamado el protoevangelio¹⁶, ese diamante glorioso brillando en la inmundicia de la maldición sobre la serpiente, de que habría un Semilla de mujer que aplastaría la cabeza de la serpiente, aunque al hacerlo sentiría la herida del dragón en el calcañar.

¿Les habrá mostrado luego que el Cristo era la semilla prometida a Abraham en quien todas las familias de la tierra serían bendecidas? ¿O les habrá contado la historia de Abraham ofreciendo a Isaac, su hijo, su único hijo, destacando todas las similitudes de la acción con Dios y con Cristo? ¿Les habrá explicado la expectativa de Jacob de que el cetro de Judá no sería quitado hasta que viniera Siloh (Gen. 49:10)? ¿Qué ecos del carácter y llamado mesiánico habrá encontrado en José el Preservador y Moisés el Libertador, el gran profeta de su pueblo? ¿Cómo habrá explicado el profundo significado del cordero de Pascua? ¿Qué significado encontraría en la gran riqueza de los sacrificios y rituales levíticos? ¿Qué les diría de la serpiente ardiente levantada, a la que aquellos que alzaban sus ojos no morirían sino que vivirían? ¿Qué significancia encontraría en la profecía de Balaam; que de Jacob saldría una estrella y que un cetro se levantaría de Israel, uno que destruiría a sus enemigos y sería dominador? ¿Qué presagios vería en los jueces y libertadores de Israel? ¿Qué rayos de luz les revelaría en los tratos del Dios de gracia con David? ¿Qué vería en las expectativas constantemente destrozadas del pueblo de Dios al poner su esperanza en la línea de David que reinaría para siempre, vez tras vez confesando: “no es este” y el creciente sentir de los profetas de que estaban buscando algo mucho más glorioso de lo que esperaban? ¿Qué maravillas de la fidelidad divina les habría demostrado en el cuidado del pacto del pueblo de Dios y la línea de David? ¿Habría sido maravillosamente vindicado el perseverante Job en su expectativa fiel de que sus ojos verían a Dios?

¿Qué riqueza de instrucción habría tomado Cristo de los cantos de Israel, encontrando testimonios constantes de su persona y su obra? ¿Con qué percepción aguda les habría hablado del Siervo Sufriente de Isaías o del Hijo del Hombre de Daniel? ¿Con qué ricos compases habrán figurado el fiel Jeremías y el exilado Ezequiel en su discurso?

¿Comenzarían los Profetas Menores a hacer oír sus cuerdas mayores al revelarles las glorias de su nombre como ellos las habían anunciado? ¿Habrían cobrado vida las penas y alegrías de Oseas cuando se las explicaba? ¿Habría de pronto cobrado significado en el esquema eterno las severas advertencias de los valientes profetas? La experiencia de Jonás, ¿qué habrá aportado a su enseñanza? ¿Obtuvo Belén Efrata un brillo que Miqueas nunca le había dado? ¿Habría resplandecido la fe de Habacuc con más nitidez que

¹⁶ **protoevangelio** – primera declaración del evangelio.

nunca? ¿Habrá fluido con más dulzura la fuente purificadora de Zacarías, y parecería el Traspasado más excelente que hasta entonces? ¿Los presagios ardientes de Malaquías se habrán manifestado dando fruto abundante a su toque sagrado? ¡Qué maravillas de la Ley y los Profetas debe haber revelado Jesús al hablar!

Sean cuales hayan sido los pasajes que formaron la sustancia de su discurso, vemos que nuestro Señor se presentó a sí mismo. Jesús predicó a Jesús: “Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (Lc. 24:27).

c) Resumen

Si vamos a predicar a Cristo, entonces tenemos que hacer lo que Cristo mismo hizo: Declarar todas las Escrituras y mostrar cómo todas señalan a nuestro Salvador y se relacionan con él. Nuestro Señor reiteró esto cuando dijo: “Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos” (Lc. 24:40).

Jesús nos muestra que la totalidad de la Palabra de Dios testifica que él es el Hijo de Dios, el Cristo prometido, el glorioso Redentor. Jesús dice que él es el glorioso propósito y el cumplimiento definitivo de todo lo que habían expresado los escritores del Antiguo Testamento. Él es el punto principal y el tema central de las Sagradas Escrituras. Como nuestro modelo para el ministerio, Jesús nos muestra que la esencia de la predicación es la predicación de su propia persona; y los apóstoles siguieron sus pasos.

4) Los apóstoles

Los apóstoles fueron discípulos auténticos, llevando a cabo su obra exactamente cómo lo hizo su Señor. Estaban satisfechos con ser como su Señor, siguiendo la misma senda sin desviarse. Al predicar a Jesús de Nazaret incluían toda la Biblia presentándolo como el Mesías de Dios. Lo predicaron en la plenitud de su persona y su obra: Jesús, como el Cristo prometido, viviendo, muriendo, resucitando y reinando era su tema y su canción (1 Co. 15:1-4).

a) Pablo

Lo vemos todo en los registros del ministerio apostólico. Desde el momento de la conversión de Pablo, lo encontramos en las sinagogas predicando al Cristo, anunciando que era el Hijo de Dios (Hch. 9:20), y convenciendo a los hombres que Jesús era el Cristo (v. 22). En Antioquía de Pisidia, hace un recuento de los tratos de Dios con su pueblo, enfocando específicamente a David y pasando rápidamente a Jesús: “De la descendencia de éste, y conforme a la promesa, Dios levantó a Jesús por Salvador a Israel” (Hch. 13:23). De allí en adelante el resto del sermón es todo acerca de él, concluyendo con la gran declaración y desafío:

Sabed, pues, esto, varones hermanos: que por medio de él se os anuncia perdón de pecados, y que de todo aquello de que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en él es justificado todo aquel que cree. Mirad, pues, que no venga sobre vosotros lo que está dicho en los profetas: Mirad, oh menospreciadores, y asombrados, y desapareced; porque yo hago una obra en vuestros días, obra que no creeréis, si alguien os la contare (Hch. 12:38-41).

Lo encontramos en la sinagoga tesalonicense, donde “discutió con ellos, declarando y exponiendo por medio de las Escrituras, que era necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos; y que Jesús, a quien yo os anuncio, decía él, es el Cristo” (Hch 17:2-3). Allí está, frente a Agripa declarando: “Pero habiendo obtenido auxilio de Dios, persevero hasta el día de hoy, dando testimonio a pequeños y a grandes, no diciendo nada fuera de las cosas que los profetas y Moisés dijeron que habían de suceder: Que el Cristo había de padecer, y ser el primero de la resurrección de los muertos, para anunciar luz al pueblo y a los gentiles” (Hch. 26:22-23). Lo observamos en la cárcel, hablando con los judíos “les declaraba y les testificaba el reino de Dios desde la mañana hasta la tarde, persuadiéndoles acerca de Jesús, tanto por la ley de Moisés como por los profetas” (Hch. 28:23) y declarando a Cristo también a los gentiles “predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo, abiertamente y sin impedimento” (Hch. 28:30-31).

Las primeras palabras de la carta a los Romanos establece el tono de todas sus epístolas: “Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios, que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras, acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos” (Ro. 1:1-4).

b) Otros apóstoles

No encontramos nada distinto en ninguno de los demás registro bíblicos acerca de la predicación apostólica. Escuchamos el mismo mensaje de boca de Pedro el Día de Pentecostés cuando proclama: “Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis; Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo” (Hch. 2:22, 36).

Lo escuchamos en el pórtico de Salomón:

“Pero Dios ha cumplido así lo que había antes anunciado por boca de todos sus profetas, que su Cristo había de padecer. Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados;

para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado; a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo. Porque Moisés dijo a los padres: El Señor vuestro Dios os levantará profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis en todas las cosas que os hable; y toda alma que no oiga a aquel profeta, será desarraigada del pueblo. Y todos los profetas desde Samuel en adelante, cuantos han hablado, también han anunciado estos días. Vosotros sois los hijos de los profetas, y del pacto que Dios hizo con nuestros padres, diciendo a Abraham: En tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra. A vosotros primeramente, Dios, habiendo levantado a su Hijo, lo envió para que os bendijese, a fin de que cada uno se convierta de su maldad” (Hch. 3:18-26).

La misma nota suena repetidamente: “De éste dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre” (Hch. 10:43). De manera similar sigue todo el Nuevo Testamento.

5) *Otros escritores*

Estos ejemplos --que podríamos multiplicar muchas veces-- nos muestran que predicar a la persona y obra de Cristo, como lo presenta la totalidad de la Biblia, era central en lo que constituía la predicación apostólica. Dicha predicación no es nada nuevo. Jesús y sus apóstoles establecieron esta norma desde el principio, y los que mejor la siguieron son los que más fieles fueron a este modelo. Joel Beeke nos recuerda que así es:

La predicación experiencial de los reformadores y puritanos se enfocaba en Cristo. Como lo muestran las Escrituras, la evangelización tiene que dar testimonio del registro que Dios ha dado de su Hijo unigénito (Hch. 2:3; 5:42; 8:35; Ro. 16:25; 1 Co. 2:2; Gá. 3:1). Es así que los puritanos enseñaban que cualquier predicación en la que Cristo no tiene preeminencia no es predicación experiencial. William Perkins¹⁷ afirmaba que el corazón de toda predicación era “predicar [únicamente] un Cristo por Cristo para la alabanza de Cristo”. Según Thomas Adams¹⁸: “Cristo es la suma de toda la Biblia, profetizado, tipificado¹⁹, prefigurado²⁰, exhibido y

¹⁷ **William Perkins** (1558-1602) – Predicador y teólogo puritano educado en Cambridge y llamado a veces “Padre del puritanismo”.

¹⁸ **Thomas Adams** (1600-1662) – considerado el “Shakespeare de los puritanos” por la profundidad de sus ideas y la belleza de su estilo literario.

¹⁹ **tipificado** – representado por un símbolo.

²⁰ **prefigurado** – representado de antemano por una imagen o representación.

demostrado, que se encuentra en cada hoja, casi cada línea, siendo las Escrituras solo, por así decir, los pañales del niño Jesús”. Isaac Ambrosio²¹ aconsejó: “Pensemos en Cristo como la sustancia, médula, alma y el alcance total de todas las Escrituras”, aconsejó. En este contexto cristocéntrico, la evangelización reformada y puritana se distinguía por una aplicación sumamente cuidadosa de la verdad a la experiencia²².

El obispo J.C. Ryle²³, gran evangélico anglicano, coincide: “Sea un principio establecido en nuestra mente al leer la Biblia, que Cristo es el sol de todo el libro. Mientras lo mantengamos a él a la vista, nunca erraremos seriamente en nuestra búsqueda de conocimiento espiritual. Si perdemos de vista a Cristo, nos encontraremos con que toda la Biblia es oscura y está llena de dificultades. La clave del conocimiento bíblico es Jesucristo”²⁴.

6) *Resumen*

El que prediquemos a Cristo significa que nuestra predicación siempre estará anclada en la roca de la persona y obra de Jesús tal como lo presenta la totalidad de las Escrituras. Toda la Biblia nos conduce hacia él. Él tiene que ser el gran tema de nuestro ministerio. Tenemos que predicar la Biblia cristológicamente y cristocéntricamente.

Los verdaderos ministros de Dios deben predicar a Cristo y su evangelio: las buenas nuevas de nuestro Señor, quien es completamente divino y completamente humano, una persona sin pecado que cumplió la Ley de Dios a la perfección por su pueblo y que cargó en su lugar con el justo juicio de su Padre. Todo el evangelio es acerca de esa persona. El qué de las buenas nuevas depende del quién; se trata de Jesucristo, el Hijo de Dios, quien vino al mundo para salvar a los pecadores (1 Ti. 1:15).

²¹ **Isaac Ambrosio** (1604-1664) – Teólogo puritano inglés; graduado de Oxford; sirvió al Señor en Derbyshire y Lancashire; trabajó en pro del establecimiento del presbiterianismo; sirvió en Leeds, Preston, y Garstang; expulsado por no conformista; publicó obras religiosas.

²² Grace Online Library, “What Is Reformed Experimental Preaching?” (¿Qué es predicación reformada experimental?) Joel R. Beeke, <http://www.graceonlinelibrary.org/articles/full.asp?id=42|42|394>, consultado 14 de mayo, 2009.

²³ **J. C. Ryle** (1816-1900) – Obispo de la Iglesia Anglicana en Leeds; reconocido autor de *Holiness, Knots Untied, Old Paths, Expository Thoughts on the Gospels* (Santidad, Nudos desatados, Sendas antiguas y Pensamientos expositivos sobre los Evangelios), y muchos otros. Nacido en Macclesfield, Cheshire County, Inglaterra.

²⁴ J. C. Ryle, *Expository Thoughts on the Gospels: Luke 11-24* (Pensamientos expositivos sobre los Evangelios: Lucas 11-24) (Grand Rapids, MI: Baker, 2007), 501.

C. ¿Qué es no predicar a Cristo?

¿Hemos de llegar a la conclusión a estas alturas de que no hemos de predicar nada que no sean “sermones acerca del Calvario” y que cualquier otra predicación es falsa? ¡Por supuesto que no! El mismo Apóstol que se ocupó de no saber nada más que a Cristo y a este crucificado (1 Co. 2:2) también podía decir que durante su estadía en Éfeso, había declarado *todo el consejo* de Dios.

1) *Predicar a Cristo: No omitir otros grandes temas*

Predicar a Cristo no nos excluye de predicar otros grandes temas de la Biblia, como las doctrinas de justificación, santificación, glorificación y providencia. Todos estos tópicos deben ser proclamados desde el púlpito regularmente. No obstante, si hemos de ser fieles a los ejemplos de Jesús y sus apóstoles debemos predicarlos siempre a la luz de Cristo y encontrar el camino que nos trae de vuelta a nuestro Salvador. Cualquiera que sea el texto o tema enfocado en nuestra predicación en un momento dado, hemos de mostrarlo de modo que Cristo sea visto, rastreándolo de vuelta a nuestro glorioso Señor y Maestro. Predicar a Cristo no es simplemente agregarlo como un apéndice a nuestros mensajes o como parte de un llamado general del evangelio, no es solo un nombre para ser mencionado vez tras vez. En cambio, tenemos que ver todas las verdades que anunciamos como conectadas con Jesús. Alexander McLaren²⁵ lo expresó muy bien:

Un ministerio en el que Cristo, quien vivió y murió por nosotros, está manifiestamente en el centro al que todo converge y desde el cual todo se desprende, puede abarcar una amplia circunferencia e incluir muchos temas. El requisito no prohíbe ningún tipo de pensamiento o experiencia, ni condena al predicador a repetir como un loro verdades elementales ni una reducida rueda de banalidades. Sí demanda que todos los temas conduzcan a Cristo, y que toda enseñanza apunte hacia él... Predicar a Cristo no excluye ningún tema, pero prescribe la importancia y el propósito de todas, y que el amplio alcance y una rica variedad no solo son posibles, sino obligatorios para aquel que de alguna manera se digna a tomar esto como el lema de su ministerio: “Pues me propuse no saber entre

²⁵ **Alexander MacLaren** (1826--1910) – Pastor inglés no conformista; nacido en Glasgow, Escocia; educado en la Universidad de Glasgow; Colegio Stepney, Londres y en la Universidad de Londres. Fue pastor de Portland Chapel, Southampton y Union Chapel, Manchester; fue dos veces presidente de la Unión Bautista de Gran Bretaña y presidente del Congreso Mundial Bautista en Londres, 1905.

vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado” (1 Co. 2:2)²⁶.

No es difícil encontrar a Cristo en la Biblia e incluirlo en nuestra predicación y obra pastoral. William Taylor²⁷, uno de los doctos de la teología pastoral en el pasado, nos exhorta en cuanto a esto:

El evangelio, tal como lo predicó Pablo, era lo suficientemente extenso en su aplicación como para abarcar todos los puntos de la conducta y de las experiencias del hombre. La cruz, como él la usaba, era un instrumento de máximo alcance y de gran poder. Por lo tanto, cuando insisto que ustedes, como él, deben “predicar a Jesucristo y a él crucificado”, no significo hacer para ustedes del púlpito una batería de tal naturaleza que los cañones que incluye puedan pegarles solo a las embarcaciones que casualmente están pasando frente a ellos. Al contrario, lo convierto para ustedes en una torre sobre la cual está montado un cañón giratorio que puede abarcar todo el horizonte de la vida humana y destruir toda inmoralidad, impiedad, egoísmo y pecado. No los encierro en un cuarto pequeño con una sola vista, y esta solo a un angosto patio, sino que los coloco en un observatorio con un telescopio rotatorio que puede abarcar todo el paisaje alrededor, y englobar el hemisferio de las estrellas. No quiero significar que deben repetir como un loro continuamente la expresión “palabra fiel”, hasta que cada partícula de significado se haya exprimido de ella, sino que deben aplicar los grandes principios que se encuentran debajo de la cruz, a las circunstancias y ocasiones constantemente variantes de la vida, y eso de tal manera que conforte al cristiano y a la misma vez atrape y convierta al pecador²⁸.

Taylor ha captado lo que es evidente en los escritos apostólicos. Escudriñen las Escrituras y vean cómo estos hombres de Dios, vez tras vez, traían cada cuestión de doctrina y práctica, cada pregunta sobre fe y vida, de vuelta a Cristo y a él crucificado, resolviendo todo al pie de la cruz. ¿Encontró Pablo divisiones en la iglesia? ¿Entre razas? ¿Entre facciones? ¿Entre individuos? ¿Se estaba introduciendo sigilosamente el legalismo? ¿Se estaban insinuando el libertinaje y el antinomianismo²⁹? ¿Había maestros falsos predicando alguna herejía, entre las muchas que había? ¿Había cristianos

²⁶ *The Expositor's Bible* (La Biblia del Expositor), 6 tomos. (Grand Rapids, MI: Eerdmans Publishing Company, 1956), 6:224.

²⁷ **William Taylor** (1744-1823) – Pastor escocés, director de la Universidad de Glasgow, y moderador de la Asamblea General de la Iglesia de Escocia.

²⁸ *The Ministry of the Word* (El ministerio de la Palabra) (Harrisonburg, VA: Sprinkle Publications, 2003), 102-03. El capítulo entero sobre “The Theme and Range of the Pulpit” (“El tema y alcance del púlpito”) merece ser leído.

²⁹ **antinomianismo** – La creencia de que los cristianos no tienen la obligación de guardar la ley moral de Dios.

tristes y con dudas? ¿Creyentes que necesitaban consuelo o exhortación? La respuesta correcta a cualquiera de estos peligros o dificultades era y es siempre Jesús. No es él solo la entrada al reino, es también su vida permanente. No hay nada en la vida cristiana que esté divorciado de él. Es el cubo de oro de la rueda del evangelio, y esta solo anda bien y balanceada mientras él permanezca en su centro.

Comprender esto nos evita perder el camino en la predicación y la enseñanza de la verdad que es Jesús. A veces los predicadores, aun con las mejores intenciones, caen en la costumbre de limitarse a moralizar en sus sermones. A menudo las historias del Antiguo Testamento y los episodios del Nuevo Testamento terminan siendo nada más que ejemplos de cómo vivir o cómo no vivir, ejemplos de bondad o maldad. Encontramos la moralidad, el deber y el ejemplo en las páginas de nuestras Biblias, pero hay *más* que estas cosas, y estas deben estar siempre donde les corresponde: en relación estrecha con Cristo. Los sermones sobre estas cuestiones deben llevarnos al Calvario y no al Sinaí. Lo que a veces puede faltar es el movimiento legítimo desde, por ejemplo, el gran David al Hijo del gran David. El rico hilado de la gracia divina señalando a Cristo y prefigurándolo en incontables maneras puede fácilmente convertirse en un manual unidimensional de una moralidad que no puede encontrarse aparte de Cristo el Señor. No olvidemos que estas son las páginas de las que Cristo *mismo* predicó.

2) *Predicando a Cristo: Sin omitir las demandas de santidad*

Otros se jactan de encontrar a Jesús en todas las Escrituras, pero no cumplen las demandas de santidad que las Escrituras hacen a todo hijo de Dios. Algunos están tan ocupados investigando estos temas que se olvidan del hecho que Dios tiene la intención de que nos conformemos a la imagen de su Hijo, perfección de santidad: Jesús de Nazaret es lo que resulta evidente cuando la santidad de Dios caracteriza totalmente al hombre, ¡porque en Jesús el Dios santo se ha hecho hombre!

Tenemos que reconocer que es fácil hacerle demandas bíblicas legítimas al pueblo de Dios sin arraigarlo en las realidades de la obra salvadora de Dios en Jesús, su Hijo encarnado, y sin que el Espíritu del Señor more en el corazón de todos los hijos redimidos de Dios. Es también fácil presentar a Cristo delante de los hombres sin que él nunca mueva sus conciencias, presentarlo como Salvador y olvidarlo como Señor, no en teoría, sino en la práctica en las vidas individuales de su pueblo salvo.

El Señor Jesús es el motivo y el medio de toda moralidad verdadera. La moralidad del santo verdadero se llama *santidad*, y tiene su comienzo en la cruz del Calvario. Siempre tenemos que comenzar allí, alegrarnos de estar allí y a menudo volver allí, recordando, a la vez, que es la cruz que tomamos al andar por el camino del verdadero discípulo que debe parecerse más a Cristo cada día. Simplemente moralizar desde el púlpito, recomendar el

cascarón de santidad como un fin en sí mismo aparte de la vida que es en Jesucristo, es algo que nada vale para el hombre que lo promueve y el que lo anhela.

3) *Predicando a Cristo: No nuestras propias opiniones*

Además, predicar a Cristo nos guarda del peligro de anunciar nuestras propias opiniones. Es demasiado fácil encontrar sermones salpicados de “Yo pienso que...” y “Yo siento que...”. Seamos sinceros: ¿a quién le importa lo que un mero hombre piensa o siente, cuando en realidad su ocupación debiera ser dar a conocer lo que Dios mismo ha revelado como la verdad? Hay un lugar para los consejos sabios cimentados con oración en la verdad, sugerir que aunque no podamos hablar con certeza de una verdad claramente revelada, pensamos que también tenemos el Espíritu de Dios (cf. 1 Co. 7:40). Pero el púlpito no es el lugar para que el que es llamado a ser embajador del Señor viviente y de gloria mezcle sus propias especulaciones defectuosas con las revelaciones perfectas de Dios, manchando así las corrientes puras de la verdad de Dios con supuraciones de su propia mente caída. El púlpito proporciona una plataforma demasiado accesible para que el hombre que tiene alguna necesidad psicológica dé sus propias opiniones a la mayor cantidad de personas posible, consiguiendo así un poco de esa autoridad que los espíritus equivocados y a veces lastimosos, ansían para ellos mismos. Pero no es el lugar para ningún otro fin que exaltar al Señor Jesús como el principio y el andar de toda vida verdadera, tal como Dios lo ha dado a conocer.

4) *Resumen*

Charles Spurgeon nunca perdió su enfoque en el Señor Jesús. A principios de su ministerio contó esta historia:

Un joven había estado predicando en la presencia de un respetado y erudito teólogo; a quien se le acercó al terminar para preguntarle: “¿Qué le pareció mi sermón?”. “Por cierto que fue un sermón muy pobre”, fue la respuesta. “¿Un sermón pobre?” contestó el joven. “Me llevó mucho tiempo estudiarlo”. “Ay, no lo dudo”. “¿Acaso no le pareció que mi explicación del texto fue buena?”. “Oh, sí”, dijo el anciano predicador, “muy buena por cierto”. “Bueno, entonces ¿por qué dice que fue un sermón pobre? ¿No le pareció que las metáforas fueron apropiadas y los argumentos contundentes?” “Sí, fueron muy buenos en ese sentido, pero aun así fue un sermón muy pobre”. “¿Me puede decir por qué piensa que fue un sermón pobre?”. “Porque”, respondió aquel, “no incluía a Cristo”. “Bueno, es que el texto no mencionaba a Cristo; no tenemos que predicar siempre a Cristo, tenemos que predicar lo que dice el texto”, explicó el joven. A lo que el anciano respondió: “¿Sabe usted, joven, que desde cada ciudad,

cada pueblo y cada aldea en Inglaterra, esté donde esté, hay un camino a Londres?”. “Sí”, dijo el joven. “¡Ah!” dijo el anciano teólogo, “lo mismo sucede con cada texto en las Escrituras, desde cada uno hay un camino a la metrópolis de las Escrituras, que es Cristo. Y mi querido hermano, su deber es, al llegar a un texto, preguntar ‘¿Ahora cuál es el camino a Cristo?’ y luego predicar un sermón avanzando por el camino hacia la gran metrópolis: Cristo. Y”, siguió diciendo, “nunca he encontrado un texto que no tuviera un camino a Cristo, y si acaso encontrara alguna vez alguno que no lo tiene, abriría uno; tendría que superar verjas y zanjas, pero llegaría a mi Señor, porque el sermón no puede hacer ningún bien a menos que contenga el sabor de Cristo”³⁰.

Spurgeon siguió el camino a Cristo hasta el final. En el último mensaje que predicó en el Tabernáculo Metropolitano, en la mañana del Día del Señor el 7 de junio de 1891, el fiel predicador dijo:

Si usamos la librea³¹ de Cristo, lo hallaremos tan humilde y obediente de corazón que encontraremos descanso para nuestra alma. Él es el más magnánimo de los capitanes. Nunca hubo alguien como él entre los príncipes más encumbrados. Siempre lo encontramos en el medio del fragor de la batalla. Cuando el viento frío sopla, siempre toma el lado más expuesto del collado. En sus hombros carga el extremo más pesado de la cruz. Si nos pide que llevemos una carga, él también la lleva. Si algo hay que sea lleno de gracia, generosidad, bondad y ternura, sí, espléndido y superabundante en amor, será siempre en él. Su servicio es vida, paz y gozo. ¡Oh, que lo aceptara usted ya mismo! ¡Dios le ayude a marchar bajo el estandarte de Jesucristo!³²

Desde el principio hasta el final de su ministerio, Spurgeon permaneció fiel a su postulado de cuál sería “el tema del ministerio en esta casa, mientras esta plataforma se mantenga en pie y mientras este lugar casa sea frecuentado por adoradores será Jesucristo”. Por la gracia infalible de Dios, Spurgeon cumplió un ministerio centrado en Cristo y, debido a ello, Dios lo bendijo ricamente a él y a los que estaban bajo su ministerio.

³⁰ “Christ Precious to Believers” en *The New Park Street Pulpit*, (“Cristo precioso para los creyentes” en El Púlpito de New Park Street) 63 tomos. (1860; reimpresión, Grand Rapids, MI: Baker Books, 1994), 5:140. Narrado también en una forma algo diferente en *The Soul Winner* (El ganador de almas) (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1964), 106-107.

³¹ **librea** – ropa o uniforme distintivo de un sirviente; la investidura de la familia de un gran hombre.

³² “The Statute of David for the Sharing of the Spoil” (El estatuto de David referente al reparto de los botines) en *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, 63 tomos (1892; reimpresión, Edinburgh: Banner of Truth, 1970), 37:324.

3. Amonestación y Enseñanza

En cuanto a este tema de predicar a Cristo, será muy útil observar detenidamente las dos corrientes que corren en este gran río de la verdad: Pablo habla de Cristo “a quien anunciamos,[1] amonestando a todo hombre, y [2] enseñando a todo hombre en toda sabiduría” (Col. 1:28). Como hemos notado antes, estos son los medios que utilizaba Pablo bajo la dirección de Dios, con el propósito de que su proclamación de Cristo llegara al corazón de los hombres.

A. Los medios

1) *Amonestación*

El sentido de “amonestando” es más concreto de lo que quizá comprendamos a primera vista. ¿Qué significa realmente *amonestar*? Tenemos que conocer la idea correcta, que es poner algo en la mente o en el corazón de otro. Un autor describe esta acción como “meterle en la cabeza algo a alguien”. Esta palabra tiene que ver con aconsejar a una persona desviada —sea creyente o no— acerca de lo que es una creencia o conducta correcta. Tiene que ver con poner la actitud de alguien en orden con el propósito de ayudarlo. Esta es una actividad diseñada para que penetre profundamente la voluntad y los afectos; es presentar algo prominentemente para consideración de la mente. Incluye advertencia, reprensión, exhortación y consolación, con el fin de corregir, conmover o alentar al alma.

La intensidad de esta palabra se hace evidente en Hechos 20:31, donde Pablo —luego de expresar claramente una serie de graves preocupaciones— llama a los ancianos efesios a “velar”. Recordando los tres años cuando no había cesado de amonestar a todos, noche y día con lágrimas. En 1 Corintios 4:14, donde Pablo describe a Apolo y se describe a sí mismo como siervos de Jesús, se nota un matiz un poco distinto cuando dice con un tono sinceramente paternal: “No escribo esto para avergonzaros, sino para amonestaros como a hijos míos amados”.

La intención es despertar al hombre, avivar su alma, estimular la reflexión y promover el arrepentimiento. El pecado será identificado y enfocado, el error expuesto y objeto de advertencia; la santidad retratada y alentada; la conducta que refleja actitudes interiores serán promovidas cuando son correctas y corregidas cuando son equivocadas. Es el cuidado pastoral que mira cara a cara al hombre y encara cuestiones de pecado y santidad, asegurando que penetren, sean reconocidas y muevan a la acción. Acercará la eternidad, estará siempre consciente del gran y terrible Día del

Señor³³ y del juicio que todos tienen que enfrentar. Muestra a Cristo Jesús en todo su esplendor, enfatiza la necesidad de la fe en él y lo mantiene en la mente.

2) *Enseñanza*

De la misma manera, el ministro se dedica a “enseñar”. Esto es instruir o capacitar, ya sea en un ambiente formal o casual. Significa explicar o hablar largamente sobre algo a otra persona, y se relaciona típicamente con la obra de enseñar las verdades objetivas de la Palabra de Dios. Aquí el predicador cumple su función de maestro enfocando el nivel de comprensión. Cristo es proclamado por medio de una enseñanza cuidadosa y sistemática de la verdad definitiva y una dirección clara impartida a la mente inquisitiva, demostrando la habilidad del pastor de enseñar (1 Ti. 3:2). Si el pastor como amonestador es sal fuerte y penetrante, como maestro es luz que examina e ilumina. La verdad de Cristo es clara, sencilla y afectuosamente explicada. Toda la plenitud de su persona y obra, todo lo que los profetas declararon que era, todo lo que Dios el Padre reveló que era, es dado a conocer con toda la claridad de la que es capaz el predicador.

3) *“En toda sabiduría”*

Estos medios deben ser usados “en toda sabiduría”. Pablo identifica el modo de amonestar y enseñar a Cristo. Escribiendo a los Colosenses, el Apóstol expresa su gran interés en la sabiduría, refiriéndose a ella varias veces (1:9; 2:3; 2:23; 3:16; 4:5). Los mandamientos y doctrinas de los maestros falsos “tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne” (2:23). En cambio, cuando Pablo habla de anunciar “en toda sabiduría” a Cristo quien es él en sí mismo total sabiduría (2:3), está atacando y oponiéndose sutilmente a la sabiduría falsa del hombre. Pablo no amonestaba y enseñaba a cada uno según su conocimiento o razón humana natural. Más bien, lo hacía en la sabiduría que Dios el Espíritu Santo le daba (1 Co. 2:13). Esta es sabiduría espiritual que viene del Señor y se encuentra en su Palabra.

Así equipado, el pastor debe trabajar a tiempo y usar los medios efectivos. Tiene que discernir las necesidades particulares y los consejos del evangelio correspondientes que se requieren. Tiene que ser atractivo, interesante, accesible, sincero y original a fin de realizar su obra para la gloria de Dios en Cristo. Tiene que desarraigar a los hombres de todo refugio de falsedad y mentira a fin de llevarlos al conocimiento de la verdad. Por estos medios, guía los pecadores a Jesús y dirige al hijo de Dios en asuntos de fe y vida, manteniendo siempre a Cristo en el centro de todo.

³³ **Día del Señor** –El Día del Juicio en la segunda venida de Cristo, cuando las obras de los hombres serán juzgadas por Cristo (Mt. 25:32-46).

B. Amonestaciones finales a hermanos cristianos

1) La predicación que reciben

Hermanos cristianos: ¿Se encuentran bajo un ministerio centrado en Cristo, saturado de Cristo y que magnifica a Cristo? ¿Están oyendo acerca de él en la plenitud de su persona: el Dios-hombre, quien es Profeta para enseñarnos, Sacerdote para redimirnos e interceder por nosotros y Rey para gobernarnos como su pueblo? ¿Están oyendo acerca de su obra? ¿Les están mostrando su vida de obediencia sin pecado? ¿Están aprendiendo de su muerte expiatoria, cargando la ira de Dios en lugar de nosotros? ¿Están oyendo de su resurrección de entre los muertos? ¿Qué de su glorioso gobierno al reinar sobre los cielos y la tierra? El ministro fiel les presentará estas cosas a menudo, directa o indirectamente. Ustedes tienen, por la gracia de Dios, derecho a un ministerio tal, y derecho de exigirselo al hombre que los pastorea. La intención del Señor es que su pueblo sea pastoreado por hombres ansiosos por la salvación y subsiguiente madurez espiritual de aquellos que lo escuchan. Pedirá cuentas a los que descuidan este llamamiento y por ello terminan con sangre en sus manos. Dios ha designado a sus ministros del evangelio para que se ocupen de la proclamación, amonestación y enseñanza, para su gloria y el bien de ustedes, grabando a Cristo en sus mentes y corazones honesta, sincera y profundamente. Debemos orar pidiendo que se levanten regimientos de hombres de tal calidad para ser enviados a la cosecha.

El ministerio del hombre fiel tendrá el sabor de Cristo. El Señor Jesús será anunciado explícita e implícitamente como Aquel que vino para salvar a su pueblo de sus pecados (Mt. 1:21), como Aquel de quien recibimos toda nuestra vida como hijos de Dios (Jn. 15:4-5), como Aquel que promete guardarnos —y nos guardará— en sus caminos todos los días hasta el final (Jn. 10:27-28). Este es el Cristo del cual necesitamos oír en la iglesia a la que asistimos. Este es Aquel cuya voz debemos escuchar y cuyos pasos debemos seguir al escuchar su proclamación en las Escrituras de boca del hombre o los hombres que predicán ante nosotros semana tras semana. ¡No nos conformemos con nada menos! El bienestar de nuestra alma está en juego. Cristo tiene que ser todo en todo.

2) Búsqueda pastoral

¿Están ustedes quizá buscando un pastor y predicador para la iglesia donde adoran al Señor? Al entrevistar al hombre para ese puesto, pregúntenle directamente: “¿Qué piensa usted de Cristo?” Presten atención a su respuesta y al espíritu con que responde. Si Jesús es el todo en todo, entonces al menos se habrá echado el fundamento para que sea un buen pastor de la congregación; de otra manera, espíen debajo de la piel para asegurarse de que no están invitando a una zorra para cuidar a las ovejas.

Escuchen la predicación del hombre. ¿No hace más que vociferar órdenes y demandas de las Escrituras dejando a sus oyentes maltrechos y destrozados por ellas? ¿O es que también, en Cristo, compone lo que está destrozado, relacionando legítimamente deberes y obligaciones con nuestro Señor Jesús, mostrando cómo con y en él podemos cumplir nuestras responsabilidades como ovejas del redil (Col. 2:6-7)? Cada vez que el candidato proclama el evangelio en público o predica en privado, ¿señala constantemente a Jesús como el que puede satisfacer todas las necesidades espirituales, como Aquel de quien han de recibir consolación? ¿Trae la luz de la enseñanza para iluminar el alma y frota la sal de la amonestación dentro del corazón?

3) *Testimonio del evangelio*

Esto es algo de lo que significa predicar a Cristo en la plenitud de su ser. Es un modelo para todo testimonio del evangelio. Nosotros mismos tenemos oportunidades de hablar de Cristo a otros. Esta responsabilidad, en su sentido más amplio, no es tarea solo para hombres que han sido ordenados. Cuando el Señor nos brinda una puerta para anunciar la Palabra, ya sea en el lugar de trabajo, la biblioteca, la tienda, junto a la cama de nuestro hijo o en nuestro asiento después del sermón, ¿les hemos contado a otros acerca de él? Esta era la pauta que seguía la iglesia primitiva, aun en medio de fiera persecución y firme oposición: “Los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio” (Hch. 8:4).

4) *Unos a otros*

Recordemos que también tenemos un deber mutuo como congregación en lo que se refiere a enseñanza y amonestación. Escribiendo a los santos en desarrollo en Roma, Pablo dijo: “Estoy seguro de vosotros, hermanos míos, de que vosotros mismos estáis llenos de bondad, llenos de todo conocimiento, de tal manera que podéis amonestaros los unos a los otros” (Ro. 15:14). A la iglesia en Colosas le anima a cumplir este deber en su adoración cantada: “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, *enseñándoos y exhortándoos* unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales” (Col. 3:16). A la iglesia en Tesalónica, que libraba una batalla distinta le anima a amonestar al que no obedece las instrucciones apostólicas: “Si alguno no obedece a lo que decimos por medio de esta carta, a ése señaladlo, y no os juntéis con él, para que se avergüence. Mas no lo tengáis por enemigo, sino amonestadle como a hermano” (2 Ts. 3:14-15).

Pero recordemos que un ministerio así, dirigido a nosotros —sea ya por un pastor fiel o un hermano de la iglesia— nunca tendrá como resultado que la pasemos bien ni que tengamos una vida tranquila. Si alguno es fiel a nuestra alma, no escucharemos de él historias superficiales y bromas todo el

tiempo. No siempre nos sentiremos bien en cuanto a nosotros mismos. A veces, nos veremos como el pecador más indigno que jamás se arrastró sobre la faz de la tierra. Es posible que a menudo lloremos por el pecado. No siempre oiremos acerca de nuestros privilegios y bendiciones, sino de nuestras responsabilidades y obligaciones. Seremos humillados al igual que alentados; a menudo nos lamentaremos en lugar de regocijarnos. Seremos llamados a seguir los pasos del Jesús crucificado como discípulos fieles y a volver a su camino cuando nos apartamos de él.

El “lado negativo” de orar por tal ministerio y encontrarlo es que debemos aceptarlo. A todo cristiano lo gusta la idea de la santidad y aplaude la noción de un ministerio fiel, pero no siempre estamos tan contentos cuando sentimos su fuerza escritural. Estamos conformes, quizá hasta ansiosos de ver a otros amonestados y recibir enseñanza, pero es casi seguro que el día llegará cuando un siervo fiel y amante de Jesús nos mire a los ojos y nos ponga algo en la mente; nos impartirá la verdad y no nos dejará que la ignoremos, sino que insistirá hasta que penetre, sosteniéndola hasta que nos ilumine. Entonces, ¡cuántas excusas daremos, qué lista de razones ofrecemos para ignorar la verdad, cuantas evasivas y falsas ilusiones inventaremos para evitar la verdad y sus demandas!

Cuando oramos pidiendo poder disfrutar de los privilegios de un ministerio evangélico fiel, oremos también que tengamos la disposición de recibirlo. Oremos por su efecto fructífero sobre nosotros y que nos libremos de todas las barreras que nos impiden aceptar las amonestaciones y enseñanzas fieles, a fin de que la Palabra del Señor corra libremente y sea glorificada (2 Ts. 3:1). Es un desastre que falte un ministerio así; es un terror rechazarlo; es una bendición sin paralelo recibirlo y hacerlo nuestro.

C. Amonestaciones finales a hermanos pastores

Hermano pastor: Tenemos que estar y permanecer fundamental y profundamente centrados en Cristo. Tenemos que ver y colocar a Cristo con toda su gloria en el centro mismo de nuestro ministerio, aplicándolo, como lo hacen Pablo y los demás apóstoles, a las situaciones grandes y a las pequeñas. Por estos medios designados por Dios hemos de obrar en pro de la salvación y madurez espiritual de todos a nuestro alrededor. Nuestro deber es dar a conocer a Cristo: proclamarlo públicamente, haciéndolo parte de la vida, de hombres y mujeres, niños y niñas —estrecha, efectiva, sinceramente y con espíritu de oración— usando las herramientas afiladas de la amonestación y enseñanza. Esta es la forma como nos toca a nosotros cumplir con la proclamación de la Palabra de Dios (Col. 1:25). No dejemos que nada nos disuada, nada nos desvíe, nada nos desespere... Aunque implique mucho sufrimiento, hay un glorioso final a la vista, por lo que debemos cumplir este llamamiento intenso y fielmente.

1) *El centro de la predicación*

¿Qué nos impide, pues, predicar a Cristo más plenamente y más libremente en nuestros ministerios? No cabe duda de que lo amamos, ¿no es así? ¿Lo estimamos precioso por sobre todas las cosas? De ser así, ¿cómo es que no lo predicamos como debemos? ¿Existe alguna razón por la cual no ha sido él, el tema de nuestros ministerios en estos días, o aun meses o quizá años? ¿Puede ser nuestro *orgullo* el obstáculo, nuestro deseo de ser partícipe de la gloria que Cristo nunca compartirá con nadie? ¿Puede ser nuestro *egocentrismo* lo que nos frena, el querer evitar el esfuerzo de prepararnos para predicar de esta manera y de pastorear como resultado de tales sermones? ¿Puede ser el *temor*: Temor de los resultados, temor de la respuesta de la gente o el temor a nuestra propia insuficiencia para encarar un tema tan elevado, una incertidumbre implícita de la habilidad del Espíritu de hacernos suficientes?

Aquí tenemos que evaluarnos. ¿Podemos decir con el Apóstol que la voluntad de Dios es que “yo lo predicase” (Gá. 1:16)? ¿Está nuestro ministerio centrado en Jesús, su gloriosa persona y su obra consumada, al declararlo como el único Salvador de los pecadores, partiendo de todas las Escrituras? ¿Tiene él toda la preeminencia en todo en nuestro ministerio (Col. 1:18), tanto en principio como en la práctica? Andrew Fuller, reconocido teólogo bautista del siglo XVIII, asegura al predicador que sufre de temor, que puede apoyarse en esto:

Si predica usted a Cristo, no tema de que le falte material para los sermones. Su persona y obra abundan en toda su plenitud. Todos los tipos³⁴ lo prefiguran. Las profecías lo señalan. Cada verdad se relaciona con él. La Ley misma tiene que ser explicada y obedecida con el fin de conducir a él... Predicar a Cristo responderá a cada finalidad de toda predicación. Esta es la doctrina de Dios para la conversión, para guiar a los pecadores vivificados a la paz y para la consolación de los verdaderos cristianos. Si la doctrina de la cruz no es un consuelo para nosotros, es señal de que no tenemos derecho al consuelo. Esta doctrina está calculada para despertar al indolente, producir cada gracia cristiana y rescatar al que se ha apartado. Este es el remedio universal para todas las enfermedades morales de toda la humanidad³⁵.

³⁴ **tipos** – un símbolo que representa otra cosa con características similares. Los tipos son usados en todo el Antiguo Testamento para señalar a Cristo.

³⁵ Andrew Fuller, “Preaching Christ” en *Complete Works* (“Predicando a Cristo” en Obras Completas), 3 tomos. (Harrisonburg, VA: Sprinkle Publications, 1988), 1:503-504. Ver también “The Uniform Bearing of the Scriptures on the Person and Work of Christ” (La importancia uniforme de la persona y obra de Cristo en las Escrituras) (1:702-704) para ver consejos razonables y equilibrados.

Proclamar a Cristo Jesús como Señor es predicar a él por quien el reino avanza, en quien mora el poder de Dios para salvación y a través de quien la iglesia recibe vida, paz y bendición. Solo él responde a cada necesidad de la Iglesia en todo tiempo y todo lugar. Él es el Salvador a quien tenemos que presentar a nuestro pueblo, exclamando con el apóstol Juan: ¡“He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29! Predicar solo sobre el deber no es predicar a Cristo, predicar solo sobre la Ley no es predicar a Cristo, predicar solo sobre algún principio no es predicar a Cristo: ¡Tenemos que predicar a Cristo mismo!

2) *La manera de predicar*

Además, tenemos que predicar a Cristo de una manera que imite a Cristo. Tenemos que pedirle a Dios que nos dé un espíritu de humildad y valentía como el de Cristo, de firmeza cariñosa y ternura con principios. El deber de proclamar y la responsabilidad de amonestar y enseñar nunca debe convertirse en una excusa para fustigar sin control ni para ser despiadados con el pueblo de Dios. Necesitamos la sabiduría que viene de lo Alto (Stg. 1:5; 3:17-18) para cumplir nuestro deber y para emplear nuestras herramientas ministeriales. Necesitamos la gracia que Dios da para prevenir que nos cansemos de hacer el bien, para mantener nuestra honestidad e integridad, para mantener nuestros ojos fijos en el propósito de esta algunas veces dolorosa labor.

Si predicamos de esta manera, quizá nos toque ver aburridos, frustrados y enojados a los pecadores. Pero tenemos que estimar tanto a Cristo y a las almas de ellos demasiado preciosas para no hablar aquello que bajo, la dirección de Dios, también probará ser el medio por el cual se humillen, convenzan y conviertan. Podremos aun ver a los santos aparentemente sacudidos, preocupados, reprendidos, avergonzados, rebeldes, endurecidos, altivos y soberbios mientras Jesús es anunciado; los pecados serán descubiertos, el deber inculcado, la santidad revelada y la gracia confirmada a medida que la cruz penetra la vida de los santos tanto que deja en ellos una impresión indeleble. El pecado que haya quedado en el pueblo de Dios pegará duro contra el “Cristo crucificado” aplicado a cada parte de sus vidas; no obstante, él debe tener preeminencia en todas las cosas. Amamos demasiado a su pueblo como para dejarlo seguir viviendo en la ignorancia y el pecado. Prediquemos a Cristo al pueblo de Cristo; lo necesita desesperadamente y él le hará bien.

Pensemos en esa placa que hay en muchos púlpitos. Recordemos su inscripción: “Señor, quisiéramos ver a Jesús” (Jn. 12:21). Así sea. Sea nuestra meta levantarlo en todo su esplendor y sus méritos en todo lo que hacemos como predicadores y pastores.

3) *Cómo hacerlo*

¿Cómo podemos lograr esto? Por empezar, sencillamente necesitamos pasar más tiempo con él. El amor del cristiano por el Cristo invisible aumenta por la comunión con él. Él es una persona, una persona real, un Señor y Salvador viviente, quien ha prometido estar con nosotros todos los días de nuestra vida. Tenemos que pasar tiempo con él cotidianamente, y al hacerlo, nos sentiremos sobrecogidos por su grandeza y su gloria, tanto que anhelaremos contarles a otros acerca de él.

Esto no se trata del tiempo que dedicamos a preparar el sermón para el Día del Señor ni de otros deberes pastorales. No hemos de leer la Biblia para satisfacer nuestras necesidades “profesionales”, como un abogado recurre a sus libros sobre derecho. Escuchemos una vez más a Andrew Fuller aconsejando a un joven pastor durante su ordenación.

Vive la vida de un cristiano, al igual que la de un pastor. Lee, predica, conversa como uno *que se beneficia* al igual que como uno que beneficia a otros. Una de las mayores tentaciones de la vida pastoral es tratar la verdad divina como pastores en lugar de hacerlo como cristianos; hacerlo para otros en lugar de hacerlo para nosotros mismos. Pero la palabra no beneficia a los que la *predican* más que a los que la oyen, a menos que esté “acompañada de fe” (He. 4:2). Si estudiamos las Escrituras como cristianos, cuanto más familiarizados estemos con ellas, más sentiremos su importancia; pero si nuestro objetivo es solo encontrar algo para decirles a los demás, nuestra familiaridad con ellas nos llevará a engañarnos. Nuestros sentimientos se parecerán a los del soldado, el médico y el dueño de la funeraria hacia la muerte; cuanto más familiarizados estamos con ella, menos sentiremos su importancia³⁶.

No manejemos las Escrituras únicamente como estudiantes cuando las escudriñamos, sino que recibámoslas como santos humildes. No sean nuestros esfuerzos solo para los demás, sino que primero prediquémonos a Cristo a nosotros mismos. Necesitamos tener una comunión constante y renovada con las Escrituras. Tenemos que mantenernos mucho en *oración*, conversando con el Autor del libro, buscando la iluminación del Espíritu de modo que nos sea dada más y más vista “para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Co. 4:6). Solo entonces podremos dejar de predicar sobre nosotros mismos y predicar a Cristo Jesús

³⁶ “Spiritual Knowledge and Love Necessary for the Ministry,” (Conocimiento y amor espiritual necesarios en el ministerio) *Complete Works*, 1:482, énfasis original. Da repetidamente consejos similares a predicadores en una serie de sermones y discursos dirigidos a hombres que se inician o que ya están en el ministerio evangélico.

el Señor, siendo nosotros los siervos del pueblo de Dios en el nombre de Jesús (2 Co. 4:6).

Si hemos de predicarles nuestro Señor a otros, tenemos que estar cada vez más unidos a él por un amor siempre creciente. Dios nos ha llamado a una comunión con su Hijo (1 Co. 1:9; 1 Jn. 1:3). Somos llamados a crecer en la gracia y el conocimiento de él (2 P. 3:18). A medida que sucede este glorioso proceso, nuestra predicación de Cristo no será como el chorro de agua que resulta de las presiones mecánicas de una fuente artificial, quizá correcto y uniforme, pero rutinario y sin emoción. En cambio será como el burbujeo de un alma llena de amor por Jesús, el derramamiento incesante y espontáneo de un corazón cautivado por Cristo.

Es a Cristo a quien únicamente hemos de predicar y solo Cristo es el que nos puede capacitar por su Espíritu, para poder predicar de esta manera. ¿Sentimos el peso de este deber? ¡Muy bien! Entonces estamos listos para caer sobre nuestro rostro y rogarle a Dios que nos capacite de mente y corazón, alma y fuerzas, para ser de utilidad a su gloria por medio de exaltar a su Hijo Jesucristo. El escritor de himnos John Berridge³⁷ expresó estos anhelos con palabras poderosas. Elevémoslas en oración y hagámoslas nuestras.

*Los medios de gracia en mi mano están.
Pero solo Dios es quien da la orden de usarlos y
realizar su obra para bendición.*

*Y aunque soy yo el que lee, vela y ora, el Señor es quien mi
camino va guiando, y todas las cosas sigue obrando.*

*Soy incapaz de decir ni una palabra apropiada, ni de pensar
lo correcto, a menos que el Señor prepare mi corazón y mi lengua.*

*Nada bueno veo en la naturaleza, todo lo bueno en mí de
Dios procede, y a su gracia pertenece.*

*Veo y confieso mi necesidad total de la gracia
de Jesús y de la luz de su Espíritu.*

*Su cuidado diario y cariñoso imploro; oh Señor, mi
corazón y lengua prepara para que piense y hable yo lo bueno.*

*Prepara mi corazón para amarte más y más, para amar tu
verdad incomparable y amar a tus hijos que tú tanto amas.*

³⁷ **John Berridge** (1716-1793) – Predicador anglicano evangélico, evangelista e himnólogo; nacido en Kingston, Nottinghamshire y educado en Cambridge. Nunca contrajo matrimonio.

*Enséñame a vivir por fe, sentir la virtud de
tu muerte y cercana tu presencia.*

*Prepara mi lengua para orar y alabar,
para hablar de cómo muestras tu providencia,
para explicar tu verdad celestial y fortalecer al alma débil,
para corregir al licencioso, despertar al indiferente
y silenciar al pecador audaz.*

